

Kafka y las sociedades de control

Raimon Ribera Añó

Recibido: 30.10.2018 — Aceptado: 10.12.2018

Titre / Title / Titolo

Kafka et les sociétés de contrôle
Kafka and Societies of Control
Kafka e le società di controllo

Resumen / Résumé / Abstract / Riassunto

El ensayo de Deleuze y Guattari *Kafka. Pour une littérature mineure* (1975) es un texto clave para comprender las principales transformaciones conceptuales que se dan en el pensamiento de Deleuze y Guattari entre *L'Anti-Edipus* (1972) y *Mille Plateaux* (1980). En este artículo tratamos de rastrear algunas de estas mutaciones que nos servirán para exponer los rasgos característicos que configuran las Sociedades de Control. Partiremos del análisis de las obras de Kafka que nos ofrecen los autores para encontrar en ellas los primeros lineamientos de este tipo de sociedades y pondremos el foco de atención en la relación que en ellas existe entre el deseo, la subjetividad y la política.

L'essai de Deleuze et Guattari *Kafka. Pour une littérature mineure* (1975) est un texte essentiel pour comprendre les principales transformations conceptuelles de Deleuze et de la pensée de Guattari entre *L'Anti-Edipus* (1972) et *Mille Plateaux* (1980). Cet article tente de retracer certaines de ces mutations, ce qui nous permettra d'exposer les traits caractéristiques qui définissent les sociétés de contrôle. Nous allons commencer par analyser les travaux de Kafka qui ont été étudiés par Deleuze et Guattari, afin d'y trouver les premières lignes directrices de ce type de sociétés. Nous concentrerons ensuite notre attention sur le rapport entre désir, subjectivité et politique dans ces sociétés.

The essay by Deleuze and Guattari *Kafka. Pour une littérature mineure* (1975) is a key text to understand the main conceptual transformations in Deleuze and Guattari's thought between *L'Anti-Edipus* (1972) and *Mille Plateaux* (1980). This paper is an attempt to trace some of such mutations, which will serve us to expose the characteristic traits that define Societies of Control. We will start with the analysis of the works by Kafka studied by Deleuze and Guattari in order to find in them the first guidelines describing this kind of societies. Then we will focus our attention on the relationship between desire, subjectivity and politics in such societies.

Il saggio di Deleuze e Guattari *Kafka. Pour une littérature mineure* (1975) è un testo chiave per comprendere le principali trasformazioni concettuali nel pensiero di Deleuze e Guattari tra *L'Anti-Edipus* (1972) e *Mille Plateaux* (1980). L'articolo è un tentativo di tracciare alcune di queste mutazioni, che ci serviranno per esporre i tratti caratteristici che definiscono le Società di Controllo. Inizieremo con l'analisi delle opere di Kafka studiate da Deleuze e Guattari al fine di trovare in esse le prime linee guida di questo tipo di società. Successivamente, focalizzeremo la nostra attenzione sulla relazione tra desiderio, soggettività e politica in tali società.

Palabras clave / Mots-clé / Key words / Parole chiave

Kafka, Deleuze y Guattari, sociedades de control, deseo, subjetividad

Kafka, Deleuze et Guattari, sociétés de contrôle, désir, subjectivité

Kafka, Deleuze and Guattari, Societies of Control, desire, subjectivity

Kafka, Deleuze e Guattari, società di controllo, desiderio, soggettività

Introducción

Foucault ha descrito profusamente las sociedades disciplinarias y sus estrategias de poder, pero él mismo ya advirtió que estos regímenes de gobernanza eran más los que estábamos dejando atrás que los que pertenecían a nuestra actualidad. La crisis de las instituciones que habían servido desde finales del siglo XVIII para dar forma a la vida social y política indicaba que un nuevo régimen estaba ya en estado larvario, pero, sin embargo, Foucault no llegó a delimitar, analizar y caracterizar cuáles eran las nuevas técnicas de gobierno que se avecinaban ni a establecer un momento concreto en las que se distanciaban de las que había llamado sociedades disciplinarias.

Tras la muerte de Foucault, Gilles Deleuze retoma este problema y habla, por lo menos en dos textos importantes, de esta crisis de las sociedades disciplinarias en pro de lo que él llama las sociedades de control, tomando como modelo las sociedades paranoicas de William Burroughs. Por un lado su *Post-scriptum sur les sociétés de contrôle*¹ nos dice que si bien las sociedades disciplinarias eran sociedades de reclusión o confinamiento, las sociedades de control son sociedades ondulatorias, en las que la relación adentro/afuera queda reemplazada por una intensificación de las técnicas de gobierno posibles, gracias, entre otras cosas, a los desarrollos tecnológicos aparecidos a lo largo del siglo XX; por ejemplo, la fábrica de la sociedad capitalista disciplinaria ha dado lugar a la empresa tardo-capitalista, en la que el trabajador ya no sólo está sometido durante el tiempo de trabajo, sino que se solicita su constante disponibilidad laboral. Así mismo, instituciones como la escuela, la cárcel, o los hospitales, pese a no haber desaparecido, ya no tienen el mismo papel correccional que tenían anteriormente. Ya unos años antes, en su famosa conferencia *Qu'est-ce que l'acte de création*,² Deleuze había apuntado muchas de es-

tas transformaciones y dejaba claro que no se trataba de un corte entre un tipo de sociedad y otro, sino más bien intensificaciones y mutaciones en el seno de las sociedades disciplinarias, de las que todavía quedan residuos en las sociedades de control como sedimento para mucho tiempo, del mismo modo que en las sociedades disciplinarias todavía permanecía un poso de las sociedades de soberanía previas a la Revolución Francesa.

Lo que apuntaba Deleuze en estos textos breves, señalando apenas gestos de las transformaciones que se estaban viviendo de mediados del siglo XX en adelante, lo desarrollaron fundamentalmente Antonio Negri y Michael Hardt, como dice éste último, bajo el nombre de *Imperio* (Hardt, 1996). Se trata de un régimen de control mundial en el que han caído todas las barreras estatales, institucionales y productivas que nos permitían entender las relaciones sociales y políticas en términos de afuera y adentro, términos que todavía permitían pensar las relaciones sociales bajo lo que era, al menos, una apariencia de dialéctica. Al derrumbarse los muros de las instituciones modernas el espacio estriado y discontinuo de las sociedades disciplinarias se convierte en un espacio liso y contiguo, lo que tiene fuertes consecuencias en lo que refiere a modos de subjetividad y de producción del deseo, un aspecto que será fundamental en el pensamiento de Deleuze y Guattari para comprender la política.

Lo que trato de mostrar con este texto —es algo que ya había apuntado brevemente Deleuze en los textos citados—, es que, pese a no haberlas bautizado todavía como sociedades de control, hay ya una primera formulación y desarrollo de aquello en lo que éstas consistirían en *Kafka. Pour une littérature mineure*. Esta obra, escrita a cuatro manos por Deleuze y Guattari creo que no ha recibido la atención que merece, pues, publicada entre los dos volúmenes de *Capitalisme et schizophrénie*, me parece que debe ser leída más como un tratado político que como un ensayo sobre literatura, y es, a mi parecer, una obra esencial para entender las transformaciones conceptuales que se dan entre el *Anti-Œdipe* y *Mille plateaux*, ya que es aquí donde están presentes por primera vez conceptos como los de segmentaridad, *devenir-animal*, o agenciamiento (*agencement*), etc., que se-

¹ Publicado en la revista *L'autre journal*, n° 1, mai 1990 e incorporada en su volumen *Pourparlers* (1972-1990).

² Conferencia impartida en la cátedra de los martes de la fundación FEMIS. 17/05/1987.

rán después fundamentales para el pensamiento político tanto de Deleuze y Guattari como de los teóricos políticos que les siguieron (Negri, Hardt, Bifo, etc.). Así pues, una lectura en esta clave del ensayo sobre Kafka nos puede servir para hacer manifiestos los aspectos fundamentales de las sociedades de control.

Desmontaje activo

Deleuze y Guattari nos dicen que la literatura de Kafka es eminentemente política, incluso a su pesar. Cuando nos exponen que es una literatura menor nos hablan de tres aspectos fundamentales: 1) la desterritorialización de la lengua, que pasa por una desestratificación de la misma lengua en la que se escribe a través de un vaciado de sentido, de bastardizarla, de producirle líneas de fuga, desplazando la sintaxis y la ortografía —es el caso de Kafka pero también el de Artaud—. En este sentido, se trata de acercar la lengua a un plano no organizado en el que primen las sonoridades al significado, más productiva que representativa; 2) la disolución de lo individual en lo político, dado que en estas máquinas literarias todo lo individual se urde con el *socius*, o sea, lo familiar, lo personal y lo amoroso siempre está en contacto o inmerso en los distintos estratos que conforman lo social, o lo que es lo mismo, se derrumba la frontera entre lo individual y lo político, el adentro y el afuera; 3) los agenciamientos colectivos de enunciación, ya que la misma articulación de las cuestiones individuales con las políticas hace que toda enunciación que emane entronque necesariamente con la totalidad del *socius* o el medio en el que se da, así todo es necesariamente político porque el autor cuando escribe lo hace ya en nombre de todo un pueblo o deviniendo todo-el-mundo, como un índice de esa máquina totalizadora que integra cada uno de los individuos.

Si digo, pues, que en la obra de Kafka encontramos claros ejemplos de sociedades de control, y que el ensayo de Deleuze y Guattari supone la primera exposición formalizada de este diagrama de poder, es por el modo como se van a dar las relaciones ya no sólo de los dis-

tintos índices maquínicos (*machiniques*), como nombran a cada uno de los elementos vivientes que forman las máquinas sociales, sino la misma relación entre las máquinas que forman lo que se ha llamado *agenciamientos de máquinas* o máquinas de máquinas. La lectura que Deleuze y Guattari van a llevar a cabo de Kafka, nos dicen ya desde un principio, no consiste en una interpretación, sino que trata de recorrer y atravesar protocolos de experiencia (1975: 14), con lo que se aleja de las lecturas edípicas, freudianas, simbólicas y psicoanalíticas que se han intentado.

El procedimiento o método del que se sirve Kafka para esta empresa es lo que Deleuze y Guattari van a llamar «desmontaje activo» (1975: 88). Para decirlo en términos de Deleuze consiste en una evaluación de los movimientos que se dan sobre el plano de inmanencia a través de la experimentación de los protocolos sociales que se dan en el agenciamiento, o lo que es lo mismo, se trataría de desmontar y mostrar el funcionamiento de las máquinas sociales que atrapan a los personajes a través del recorrido que realizan por su interior aquellos que se encuentran inmersos en tal medio. Así, las obras de Kafka no nos sirven tanto cuando tratamos de desvelar el significado que quizás se pueda esconder tras los símbolos, como cuando las usamos para inmiscuirnos entre estas máquinas y ver de qué modo éstas operan sobre los sujetos que las habitan y qué tipo de relaciones entre ellos posibilitan.

Esta postura a la hora de leer a Kafka ya pone en evidencia varios aspectos que van a ser muy relevantes para lo que trato de defender en este artículo: en primer lugar que la obra de Kafka no tiene como finalidad realizar una crítica formal de los regímenes políticos que se presentan, sino que más bien, al elegir este procedimiento narrativo, está enmendando la misma dimensión de la representación (Deleuze y Guattari, 1975: 85). Ya no se busca un modelo, ni se critica tal otro, sino que se apuesta por un desmontaje de los agenciamientos que vale por sí mismo como instancia crítica al dejar al descubierto los procesos enajenantes que se dan en tal aparataje social. Por otro lado, si Kafka tiene interés en ver qué protocolos de experiencia se dan, qué conexiones

se posibilitan, es porque se puede decir de algún modo que, como Foucault, tiene una concepción productiva del poder (no en vano Deleuze lo incluye junto con Spinoza, Nietzsche, Lawrence y Artaud, como uno de los grandes valedores del sistema de la crueldad), pues sería la misma organización del mundo y de las instituciones aquello que determinaría los modos de vida y las formas posibles de subjetividad, o lo que es lo mismo, cómo unos individuos se relacionan con su medio y con los demás.

Las novelas de Kafka —más que los relatos cortos— tienen una función cartográfica, pues lo que van a intentar será mostrar la segmentaridad que se da en los distintos estratos que produce la organización política que se plantea en ellas; el agrimensor de *El castillo* no lo va a ser tanto por su oficio como por la función que tiene en la novela de recorrer todo el plano de inmanencia, pasando por todos los bloques y las series que se desarrollan (Deleuze y Guattari, 1975: 141). El desmontaje activo pretende, pues, desmigajar la organización a través de la que un agenciamiento funciona para entender de qué manera cada una de sus instancias conecta con el resto de bloques y segmentos que lo conforman. Lo excepcional de las novelas de Kafka es que su principal característica «consiste fundamentalmente en prolongar, en acelerar, todo un movimiento que atraviesa el campo social: opera en un virtual que ya es real sin ser actual» (1975: 88). Kafka anticipa las potencias diabólicas que se encuentran en un estado larvario (después veremos que éstas son las sociedades de control) y acelerándolas y analizándolas minuciosamente, es capaz de mostrar su realidad antes que ellas se hagan presentes. En definitiva, el desmontaje activo es la instancia que nos sirve para sacar a la luz las técnicas de gobierno y producción de subjetividad, en palabras de Deleuze y Guattari:

La escritura tiene esta doble función: transcribir en agenciamientos, desmontar los agenciamientos. Los dos son uno. Esto es porque a través de toda la obra de Kafka tendimos a distinguir instancias como ensambladas unas en las otras: primero los *índices maquínicos*, luego las *máquinas abstractas* y, finalmente, los *agenciamientos de máquina*. (Deleuze & Guattari, 1975: 86)

Segmentaridad

Como he venido apuntando, la segmentaridad es aquello en lo que penetra el desmontaje activo como método mediante el que se recorren los protocolos de experiencia a los que están sometidos los personajes, fundamentalmente de las novelas, pero también de muchos de los relatos. Este es el caso de *En la colonia penitenciaria*. Allí podemos encontrar un tipo particular de segmentaridad que es la que caracteriza a las sociedades de control frente a las sociedades de soberanía o las sociedades disciplinarias. Este concepto hace referencia a la manera como en una determinada sociedad se producen estratos y segmentos sociales que determinan, directa o indirectamente, el comportamiento de los individuos al establecerles límites o umbrales de subjetividad presentes en cada ámbito de lo social (Deleuze & Guattari, 1980: 253-283). La segmentaridad está presente en cada uno de los estratos que nos constituyen, es decir, no hay afuera de la segmentaridad porque, de hecho, somos segmentos de dureza variable según la organización del mundo que se presente. Lo que caracteriza las sociedades de control frente a otros regímenes de gobernanza es la dureza y densidad que presentan estos segmentos, según la potencia de inscripción de lo que con Deleuze y Guattari llamamos *máquinas abstractas*.

Estas máquinas, que se presentan de varios modos en las obras de Kafka, como máquinas individuales ya montadas que funcionan sin saber bien cómo —*En la colonia penitenciaria*— o como agenciamientos de máquinas —*El proceso*—, se caracterizan porque ocupan la totalidad del plano de inmanencia, es decir, son una suerte de aparatos de captura que se instalan sobre la superficie lisa del *socius* y escriben sobre él como un arado lo hace sobre un campo, confeccionando un registro que determina los movimientos o desplazamientos que las intensidades moleculares pueden recorrer sobre el plano de inmanencia, del mismo modo como los caballos sobre el campo configuran un régimen de riego, permitiendo o bloqueando el paso del agua para producir una organización del suelo. De igual modo podemos

ver en *El proceso* cómo el dispositivo burocrático-judicial impregna todo el plan de inmanencia y condiciona cada movimiento, cada decisión de K, de igual modo como lo hace sobre los demás personajes o índices maquínicos —o de máquina— que conforman este agenciamiento que es el mundo en el que ocurre la novela, de la que el protagonista ha dejado de ser K para ser él la misma máquina social que organiza la vida. Las máquinas de las novelas de Kafka estratifican el mundo y producen en él segmentos, de hecho, los segmentos son la forma que toman los índices maquínicos en cada estrato.

He aquí que tenemos un claro ejemplo de lo que se ha considerado uno de los principales problemas de la filosofía de Deleuze, como es el paso de lo molecular a lo molar, es decir, de las formas no representativas, informales o pre-subjetivas a las formas fijas, representativas e instituidas. El paso de lo molecular a lo molar consiste en una integración de estas instancias primeras en sistemas de enunciados y de representación que capturan y atrapan las intensidades que recorren el plano de inmanencia en las formas molares de las instituciones. Lo molar son los segmentos que se han producido, que están sujetos a funciones que les vienen dadas en cada estrato por la organización que ha producido la máquina abstracta sobre el plan de inmanencia, aunque esto no conlleva, como venimos diciendo, o al menos no necesariamente, que se trate de sociedades de control, pues también en Kafka, tal y como señalaba Deleuze, las formas de soberanía, disciplinarias y de control conviven con sus precedentes que dejan sedimentos que se integran en las nuevas tecnologías de gobierno particulares de cada diagrama.

Estrategia y enunciado

Para ver esto nos puede resultar muy útil el análisis que realiza Foucault del poder porque Deleuze y Guattari van a seguir muy de cerca sus líneas de trabajo. Según Foucault, el poder y el saber mantienen una relación muy estrecha, pero esta relación no es en ningún caso una relación de representación. El poder, por un lado,

consiste en una estrategia, es una relación de fuerzas, tal y como la había definido Nietzsche, de modo que atraviesa de un lado a otro a todas las partes que constituyen una relación; esto significa que consiste en un sistema de afectos en los que todos a la vez afectan y son afectados —pues hay la misma pasión en aquél que es afectado por una fuerza, que acción en el que afecta sobre el pasivo—. Pero a la vez, esta relación de afectos consta de al menos una parte afectante y una afectada, o una parte que afecta de manera activa y otra que es afectada de manera reactiva, por lo mismo que veíamos antes: tiene que haber tanta afeción como pasión entre las partes de una relación, en este sentido se puede decir que toda relación de poder es una relación simétrica, pero aun así no dialéctica, ya que la fuerza activa se *apodera* de la fuerza reactiva, pero no se le presenta como una suerte de rival o de enemigo, sino como algo de lo que servirse para aumentar su potencia. De este modo, la relación que se da entre dos fuerzas pasa por comprender la fuerza activa como una función que integra la fuerza reactiva y la materia que ésta posee (Deleuze, 1986: 67-68).

Ahora bien, como decía, si bien el poder es un diagrama que tiene la capacidad de integrar distintas fuerzas apoderándose de ellas, es en esencia informal, es decir, que el poder por sí mismo no se corresponde con una organización o no cuenta con una suerte de carácter representativo de las relaciones que produce, pero sin embargo podemos decir que el poder produce vida y subjetividad, y que no puede haber vida ni sujeto fuera del poder. Lo que va a dar, entonces, imagen a estas relaciones de poder es el saber. Si el poder era el diagrama que integraba las distintas fuerzas bajo una relación, allí donde estas se van a integrar es el archivo. Para Foucault las relaciones de poder se corresponden con el orden de lo visible, mientras que el saber pertenece al orden de lo que se dice o de los enunciados. Entre ellos no existe relación de representación ni de correspondencia, pero sin embargo, ambas instancias se suponen y se necesitan mutuamente. Es precisamente el pensamiento lo que se encuentra entre una y la otra, y cada enunciado que se profiere presupone determinadas relaciones de poder,

determinadas visibilidades, y así también, las relaciones de poder mantienen una fuerte relación con lo que se puede decir, ya que el diagrama configura de un modo determinado los regímenes de visibilidad a través de los que el pensamiento puede hacer hablar (Deleuze, 1986: 85). Las instituciones que se den, en efecto, van a pertenecer al ámbito del saber, pues son la manera como se archivan o se consolidan estas relaciones de poder. Por decirlo en términos deleuzianos, son la manera como lo molecular (las relaciones informales y pre-subjetivas de poder) se integra en lo molar (las instituciones que pertenecen al ámbito de la representación y de una semiótica significativa). En este sentido podemos también definir la segmentaridad como la semiótica que se encarga de capturar los fragmentos de deseo que están atravesados por las distintas relaciones de poder sobre las que se soportan las distintas instituciones políticas y sociales que organizan el mundo.

Es de este modo que la relación poder-saber nos introduce de pleno en un problema que se convierte en fundamental para pensar los distintos tipos de diagrama con los que venimos trabajando: el diagrama soberano, el disciplinario y el de control, pues es por aquí que entramos de lleno en la cuestión de la ley y los ilegalismos, ya que para Foucault, y por extensión para Deleuze y Guattari, en todo sistema siempre se dice todo lo que se puede decir. Se trata de un fuerte spinozismo que encontramos tanto en Foucault como en Deleuze que significa que todo el ser se expresa en su totalidad, pero a la vez nos introduce la idea de una semiótica que produce determinadas instituciones acerca de las formas de vida y de subjetividad que se dan en el seno de una sociedad (Deleuze, 1986: 66).

Así, volviendo a Kafka, vamos a tratar de ver cómo *El proceso*, por ejemplo, es una novela que se podría desarrollar en una sociedad eminentemente de control, mientras que hay otros relatos, como *En la colonia penitenciaria*, en los que conviven elementos de las sociedades de soberanía, que se caracterizan por su lógica tanatopolítica, con elementos de las sociedades disciplinarias, que se definen porque dan vida bajo determinados moldes de subjetividad.

Una segmentaridad de transición

En la colonia penitenciaria de Kafka forma parte de las que Deleuze y Guattari llaman máquinas abstractas. En este caso nos interesa porque nos muestra una segmentaridad de transición, que incluye tanto elementos de las sociedades de control, como de las disciplinarias, como de las de soberanía. Se trata de una máquina de la que se desconoce su funcionamiento, pero que se encuentra ya funcionando bajo los designios de un antiguo comandante que se describe bajo la figura de un paranoico y de la que nos dice que si bien antes había que accionarla manualmente, ahora funciona por ella misma. Nadaud ha detallado la relación que mantiene con el proceso de subjetivación de acuerdo al proceso que describen Deleuze y Guattari en el *Anti-Edipus*. La máquina, compuesta por rastras, engranajes y balancines opera sobre el cuerpo del condenado del mismo modo que las tres síntesis: *conectiva, conjuntiva y disyuntiva*.

El castigo que se aplica al condenado consiste en inscribir sobre su piel, durante doce horas, el mandamiento infringido. Es por tanto una máquina disyuntiva de registro. La rastra comienza a escribir sobre el cuerpo del condenado la ley incumplida, pese a que éste desconoce su contenido. En ningún caso se le enuncia, sino que sólo la descubre a través del mismo proceso de inscripción que sufre sobre su piel. Encontramos una primera descripción de la maquinaria que hace girar el cuerpo, lo enjuaga con algodón, y hace descender la rastra (síntesis conectiva), después se describe la inscripción propiamente dicha (síntesis disyuntiva o de registro), que se ejerce directamente sobre la superficie del cuerpo. Finalmente la comprensión por parte del condenado del sentido mismo de la inscripción se da tras un proceso de seis horas, en el que se hace evidente, incluso para los más estúpidos, el contenido, y luego el cuerpo del condenado queda al lado de la máquina (síntesis conjuntiva). Este proceso de emergencia de la subjetividad, nos dice Nadaud, es un epifenómeno, una consecuencia del funcionamiento de la máquina

que tiene la subjetividad como residuo, y no como causa ni producto (2017: 78-80). Se puede trazar una fácil analogía entre este proceso de dar sujeto con el de la segmentaridad, pues al fin y al cabo, la segmentaridad opera sobre el plano de inmanencia como una serie de rastras y engranajes que someten las intensidades moleculares que sobre ella discurren a una organización molar, y sería un error comprender el plano de inmanencia como otra cosa distinta a los mismos cuerpos y fuerzas que se extienden sobre él. En este sentido podemos decir que el gobierno consiste en la puesta en funcionamiento de determinadas tecnologías del yo o de la subjetividad. Como se explicaba más arriba, las relaciones de poder se corresponden con las visibilidades o la materia, mientras que los saberes que conforman el archivo e instituyen las formas fijas o molares como un régimen semiótico, tal y como entendemos la sentencia que se inscribe sobre el cuerpo del condenado en *En la colonia penitenciaria*.

Inmanencia y deseo

Estos procesos de subjetivación, que se muestran en forma de procesos de inscripción físicos en *En la colonia penitenciaria*, están, no obstante, presentes también en las novelas, de las que el caso paradigmático es *El proceso*. En ella, como decíamos antes, ya nos introducimos de lleno en las sociedades de control, pues se va a ver, sin lugar a dudas, de qué modo la máquina abstracta o, en este caso, la serie de máquinas abstractas que ocupan el plano de inmanencia organizan la totalidad de lo social a partir de una producción efectiva del deseo.

Para ello abordaremos *El proceso* desde la relación que guarda el deseo con la justicia, porque lo que caracteriza las sociedades de control es precisamente la manera como éstas producen subjetividad. Acudiremos, por tanto, en primer lugar, a una comparación de la literatura de Kafka con una literatura que es pretendidamente política desde su concepción. Generalmente se ha hablado de la literatura de Kafka centrándola en la relación con el padre, el complejo de Edipo o las abun-

dantes interpretaciones freudianas que se han dado, presentándolo como un autor hermético, cerrado en un mundo impermeable que lo asfixia, en una familiaridad de la que no puede salir. Por otro lado, se habla de las novelas distópicas que aparecen, fundamentalmente en el contexto anglosajón entre los años 30 y 50, y que habitualmente se presentan como obras eminentemente políticas y con una fuerte carga social, como aquellas que de algún modo habrían presentado estas sociedades de control que se avecinaban en el futuro próximo o que se estaban empezando a dar.

Creo, no obstante, que lo que ocurre en verdad es justo lo contrario. Kafka es el autor más político entre los escritores del siglo xx, mientras que los otros mencionados cabría situarlos, sin embargo, como autores «edípicos» o familiares, porque tanto Huxley como, fundamentalmente, Orwell, nos plantean en sus obras historias que son por lo general novelas románticas. Bien es cierto que todo lo que ocurre está inmerso en un medio político muy definido, explicado con detalle en muchas ocasiones, y que explica la aspereza de la atmósfera en la que se vive. En ella los personajes se vuelven contra el medio mismo en el que se encuentran, pero lo central no deja de ser la historia de amor que se presenta, una historia personal e individual, de personajes muy específicos que tienen una particularidad frente a los demás, y es justamente por este motivo, porque se rebelan, luchan y tienen la capacidad de dilucidar lo distinto entre lo difuso, porque se vuelven héroes que se resisten a ser engullidos por el medio gracias a su libertad y su especificidad, que se vuelven edípicos, porque mantienen la relación adentro/afuera. En esta medida lo político sólo funciona como lo que venimos diciendo, un medio en el que sucede una historia de amor que podría ser la misma bajo otro régimen político, económico o social. Podríamos contar la misma historia de amor que se da en 1984 sin un trasfondo político y, aunque quizás fuese menos interesante, podríamos entender qué es lo que está ocurriendo, pues una cosa y la otra son autónomas.

Algo marcadamente distinto ocurre con Kafka. Éste no habla de política en *El proceso* más allá de alguna referencia puntual cuando se le toma declaración o alguna mención

a la administración de la justicia, ni tampoco en *El castillo*, a excepción de las pocas menciones a su situación laboral en tanto que funcionario. Así mismo, tampoco en *La metamorfosis* se hace especial hincapié en estos asuntos, y aun así tenemos que decir que Kafka es un autor político, incluso a su pesar. ¿Por qué? Pues porque Kafka no cuenta la historia de sus personajes, pese a que cuenta algo desde el punto de vista de sus personajes, fundamentalmente de ese extraño personaje que llamado K, que es y no es él mismo y que tampoco es nunca el mismo K, ni siquiera dentro de cada una de las novelas o relatos. Es lo que decíamos antes al hablar del desmontaje activo. Tanto en *El castillo* como en *El proceso*, la historia de K no sería posible sin todo el entramado organizativo, burocrático, político que se da en ellas, sin todos los elementos que pese a parecer que son el medio o el contexto, son el objeto mismo de la narración.

En las novelas de Kafka los personajes no son sus protagonistas, sino que no son más que elementos de la máquina social que los captura para darse haber, sirviéndose de ellos para funcionar, mientras que en *1984* desconocemos las relaciones que se dan entre los personajes y la máquina, si es que hay una máquina, pues más que dentro, los personajes parece que flotan en ese medio; pueden tomar decisiones como si vieran lo social desde afuera, se baten contra ellos como si fuesen enemigos y no parte, desde la exterioridad de algo que repudian. Tal cosa jamás pasó ni podría pasar en una novela de Kafka. Podríamos incluso llegar más lejos. Orwell tiene, por como plantea sus historias, libertad para hacer lo que quiera con sus personajes, los puede llevar de un sitio a otro, hacerles tener las ideas que quiera, mientras que Kafka está condenado a hacer pasar a todos sus personajes por unos determinados estratos, recorrer los segmentos que forman, en una línea infinita de devenir, motivo por el que sus novelas son interminables, aunque llegue un momento concreto en que se interrumpen. Es la máquina burocrática de *El proceso* la que determina qué pueden hacer los personajes, qué conectores operan.

Cabría decir al respecto que el modelo de sujeto de Deleuze y Guattari entendido como máquina deseante en el *Anti-Edipus* y agenciamiento maquínico en *Mille*

Plateaux se contraponen a la concepción del deseo que se presenta en Hegel-Kojève, en la estela del cual se sitúa todavía Lacan, que presenta el sujeto como un vacío que desea una falta, con lo que realizar, a través de la acción, la cosa misma. La máquina deseante, en cambio, es en sí misma deseo, está constituida por «fragmentos de deseo» que siguen una ordenación muy básica de encadenamiento. En Deleuze y Guattari el deseo presenta una naturaleza completamente distinta, ya no tiene objeto porque es la imagen de una convergencia o un entramado de fuerzas o intensidades moleculares. Ya no se trata de un sujeto que desea, sino que el sujeto es la imagen del deseo, el sujeto emerge con la relación de fuerzas, y se define por su potencia (*potentia*), no por su negatividad.

Volviendo a la cuestión, los amores «distópicos» son amores que nacen de una libertad o de una decisión, en Kafka, si es que hay amores, éstos son amores «segmentarios», es decir, que si K conoce a Leni, si se encuentra con tal o cual muchacha, se debe a la misma organización de la sociedad, que lo obliga a ir a casa del abogado, a las buhardillas de la administración, siempre a esa habitación contigua donde el encuentro se da y se presenta como necesario, sin que haya por parte de K ningún tipo de decisión.

Esto sí es ya una de las características fundamentales de las sociedades de control. Mucho más que en las distopías, y muchos años antes, Kafka anticipaba un nuevo modelo de sociedad que estaba por venir. En estas sociedades, que bien podríamos decir que son las que nosotros vivimos, los instrumentos disciplinarios, como las cárceles, los manicomios, las escuelas, han perdido su función de regular. La máquina disyuntiva o de registro de *En la colonia penitenciaria* se ha convertido en una máquina abstracta que determina en cada momento quienes somos, qué deseamos, a través de técnicas de gobierno mucho más sutiles y más intensificadas, que más que amoldar a partir de la disciplina de acuerdo con modelos de subjetividad, producen modos de vida fluidos y laxos que se adaptan fácilmente a las exigencias de la sociedad misma.

Por otro lado, en *El proceso*, K emprende una serie de líneas de fuga que, pareciendo que lo distancian de su proceso judicial, cada vez penetra más a fondo en él, adentrándose entre las oficinas de los tribunales, entre las buhardillas donde se instruyen los casos, sin llegar a saber, sin embargo, de qué se lo acusa ni cuál es la ley que ha quebrantado. A esto volveremos luego, pero de momento nos interesa fijarnos en esta saturación de la experiencia, en este espesor de intensidades que atraviesan todo el *socius*, que son las mismas fuerzas e índices de máquina que discurren por el plano de inmanencia como producto del deseo y que determinan el tipo de segmentos que se forman. Lo que caracteriza las sociedades de control es que la superficie que se encontraba estriada, estratificada en segmentos bien separados, ahora se presenta como una superficie lisa: se ha pasado de una relación del sujeto con el afuera a un sistema de continuidades, un sistema ondulatorio, en el que se han derrumbado los muros de las instituciones que definían el límite de lo público y de lo privado, pero los estratos ya no son discontinuos sino que están abiertos. Se trata, de algún modo, de un terreno liso.

Que en *El proceso* hay un agenciamiento de máquinas que se instala sobre la totalidad del plano de inmanencia lo vemos en el hecho que, si bien es cierto que hay una constante desterritorialización del acusado en relación con su proceso judicial, en forma de constantes fugas que emprende en todas direcciones, a la vez hay un diagrama que produce en todo momento nuevos segmentos judiciales. Es el régimen que organiza y estratifica el plano de inmanencia, el *cuerpo sin órganos*, según las funciones que se ponen en circulación desde los centros de poder del agenciamiento, de modo que todo el deseo es canalizado a través de la justicia y siempre conduce a ella, por eso Deleuze y Guattari ven que el problema que allí se encuentra no es en absoluto el de la trascendencia de la ley, sino más bien todo lo contrario. Lo que es propio de las sociedades de control en *El proceso* es que nos encontramos en un sistema de centros múltiples, en el que los límites de las instituciones tradicionales se han derrumbado, en este caso la ley trascendente, la justicia del Estado, etc., y ahora la justicia es algo

que permea todo el ámbito de la vida. En esta medida podemos decir que si la ley no se representa, no tiene un texto, y los libros de leyes están llenos de imágenes pornográficas, «si la justicia no se puede representar, es porque es deseo» (Deleuze-Guattari, 1975: 91), o sea, la ley es inmanente a las propias relaciones que se dan entre las partes: todos estos personajes con los que K se encuentran funcionan como funcionarios de la justicia, incluso el mismo K, que se inmiscuye entre los pasillos y las buhardillas, participando en su propio juicio ya no sólo como acusado sino también como juez y abogado que toma la palabra cuando se encuentra con los otros, que participan del aparato burocrático judicial.

Deleuze y Guattari dicen que el deseo parece que no está nunca en escena, sino que aparece siempre entre bastidores, en los pasillos de los tribunales, en la habitación contigua, como pasa con el caso de la ujier, con los policías en la habitación de Frau Burstner, como ocurre con Leni o el pintor, por los pasillos, siempre fuera de escena. Por todo esto es por lo que podemos decir con Deleuze y Guattari que «la justicia es el *continuum* del deseo, con límites móviles y desplazados» (1975: 93).

Aplazamiento ilimitado y deuda infinita

El otro aspecto fundamental, que hemos nombrado superficialmente, consiste en el carácter ondulatorio de la subjetividad de control. Esta idea remite también al análisis de la justicia en *El proceso*, en especial a los dos modelos de justicia que se ofrecen y su relación con el deseo. Titorelli le habla a Kafka de las distintas vías que tiene para salir del proceso judicial en el que está inmerso: la absolución real, que no se da nunca y de la que no recuerda ningún caso, pues implicaría la muerte del deseo mismo; la absolución aparente, que puede propiciarla el mismo pintor recabando apoyos de muchos jueces menores, pese a que nunca conseguiría la absolución real, sólo en manos de las más altas instancias judiciales, y, finalmente, la opción del aplazamiento ilimitado, que pese a ser menos exigente, requiere más

atención porque debe estar alerta siempre para poder anticiparse a los pasos de la justicia.

El derrumbamiento de las instituciones tradicionales de las sociedades disciplinarias trae consigo la transformación del espacio de lo político, deja de ser un terreno estriado, para ser un terreno liso. Ya no hay adentro/afuera sino que ahora existe una línea que se prolonga al infinito, una línea ondulatoria sin interrupciones: «En las sociedades disciplinarias siempre se tiene que volver a empezar (de la escuela al cuartel, del cuartel a la fábrica), mientras que en las sociedades de control jamás se termina nada, la empresa, la formación, el servicio son los estados metaestables y coexistentes de una misma modulación, una suerte de deformador universal» (Deleuze, 1990: 243). Así entendemos los dos modelos, las sociedades disciplinarias se corresponden con el modelo de la absolución aparente. Deleuze y Guattari nos dicen que la absolución aparente es «infinita y limitada, discontinua» (1975: 95) como las instituciones disciplinarias, se trata de una alternancia: un flujo de represión por cada flujo de deseo, un periodo en la cárcel por cada exceso de libertad, un periodo en el manicomio por cada vector de locura. Es un modelo de apertura y reclusión que se extiende al infinito, y sin embargo, es limitado porque siempre hay sobre el sujeto un halo de culpabilidad, que está, no obstante, amparado por la trascendencia de la ley y la máquina abstracta que la hace funcionar. Por otro lado, las sociedades de control se corresponden con el aplazamiento ilimitado, que es «finito, ilimitado y continuo» (1975: 95). Es finito porque no hay trascendencia alguna, no hay en ningún momento un resquicio de inocencia, ni siquiera aparente, sino que es el mismo aplazamiento de la sentencia, y así mismo es ilimitado y continuo porque su propio proceder consiste en no dejar de poner un segmento junto a otro, «se confunde con el desmontaje mismo de la máquina» (1975: 95). Si conserva cierta circularidad, es sólo como residuo de la absolución aparente que en un principio persigue, pero que deriva en efecto en este aplazamiento ilimitado, característico de las sociedades de control. Se trata de una crisis continua en la que el sujeto está siempre a la deriva, forzado a ir de un segmento a otro.

A partir de esta distinción, que le presenta el pintor y que Deleuze y Guattari han analizado y formalizado conceptualmente en términos de gobernanza, podemos distinguir entre las sociedades disciplinarias y las sociedades de control tres modos distintos de hacer frente a la deuda respecto a la justicia y al soberano. La absolución real, con la muerte misma del deseo, corresponde con los regímenes de soberanía, en los que el flujo de deseo se contrapone con el flujo de muerte; es lo que Foucault ha tematizado como tanatopolítica, en la que el soberano se reserva el derecho a dar muerte o dejar vivir (Foucault, 1976: 178), por lo que la deuda se salda con la propia vida, que pertenece al soberano. Las sociedades disciplinarias, que aparecerían en el siglo XVIII, ya no operan directamente sobre el cuerpo, sino que ejercen el poder sobre la demografía, sobre las sociedades y los grupos poblacionales. Lo que caracteriza los sistemas poblacionales es que siempre existe una deuda con el soberano, que se salda sólo de manera aparente, como veíamos, con flujos de libertad y reclusión. La vida se entiende como esos espacios o intersticios entre encierros y aperturas: a cada estrato social unas instituciones que lo normalizan, que lo encierran en moldes —la escuela y la sexualidad, la fábrica y la producción, el ejército y la defensa, el hospital y la salud del cuerpo nacional—.

Finalmente la sociedad de control, que, como venimos diciendo, encuentra su modelo más claro en *El proceso*. También se trata de un sistema poblacional de gobierno en el que cada cual mantiene una deuda ilimitada con el soberano, pero ahora el poder soberano ha perdido la trascendencia, ya no hay un soberano al que rendir cuentas porque el poder se ha vuelto más difuso que nunca, está en todas partes y todo el mundo forma parte de este sistema de control, cada uno es un foco de poder y un foco de culpabilidad. El sujeto de las sociedades de control ya no está sometido a estos flujos de deseo y represión tal y como lo estaba en las sociedades disciplinarias porque el adentro y el afuera están entremezclados, con límites móviles y difusos. Los bloques de trabajo de K se mezclan con los amorosos y con los judiciales, son segmentos que están los unos junto con

los otros, distribuidos de manera contigua y enlazados por el deseo. En estas sociedades el sujeto no sólo está sometido a un régimen que modula su vida, que le pide siempre su disposición, sino que además tiene que gozar de su propia sumisión. La deuda, también infinita, ya no se salda jamás, pues no hay una forma trascendente de justicia que pueda levantarle la acusación. Que el control sea una intensificación de la disciplina significa que ahora ya no va a haber ni siquiera espacios de apertura entre dos encierros, porque consiste en un encierro en el afuera, es decir, el sujeto ahora se encuentra siempre expuesto a múltiples centros de poder que no se encuentran sólo en determinados espacios institucionales, sino que ocupan la totalidad de la vida, como la máquina abstracta judicial en *El proceso*.

Conclusión

Así, he tratado de mostrar cómo, a partir de los conceptos y análisis que arrojan Deleuze y Guattari en su ensayo sobre Kafka, es posible reconstruir una descripción de lo que Deleuze llamó más tarde *sociedades de control*. A tenor de lo expuesto es necesario replantear los términos de la acción política, ya que, en relación con el marxismo clásico, ahora el sujeto de la revolución no preexiste en forma de clase social con unos intereses dados, sino que habría que producirlo, acudiendo a la idea de líneas de fuga y de resistencia. Así mismo es necesario comprender de otro modo la relación que mantienen el deseo, la subjetividad y la política, pues lo que aquí se está jugando es una comprensión enteramente distinta de la noción de subjetividad moderna entendida desde Descartes como *cogito*, orientándola hacia un modelo maquínico spinozista, lo que es, a mi parecer, el

problema de fondo de la política de Deleuze y Guattari. En esta medida, creo que también aquí se logra presentar los mecanismos de subjetivación que operan en las sociedades de control, que se nos presentan, al contrario que el modelo familiar edípico del psicoanálisis, como modos de subjetivación históricos y locales. Por otro lado, la propuesta de las sociedades de control nos permite dar una respuesta *sui generis* a la cuestión sobre la servidumbre voluntaria, en la que el sujeto no es más que un subproducto de los regímenes de gobierno, y es en esta medida que Deleuze busca en la literatura y en el arte propuestas revolucionarias que sean capaces de proponer otra organización.

Bibliografía

- DELEUZE, G. (1993), *Critique et clinique*. Paris: Minuit.
 — (1986), *Foucault*. Paris: Minuit.
 — (1990), *Pourparlers (1972-1990)*. Paris: Minuit.
 DELEUZE, G., & GUATTARI, F. (1972), *Anti-Œdipe*. Paris: Minuit.
 — (1975), *Kafka. Pour une littérature mineure*. Paris: Minuit.
 — (1980), *Mille plateaux*. Paris: Minuit.
 FOUCAULT, M. (1976), *Histoire de la sexualité*. Paris: Gallimard.
 HARDT, M. (2000), *A sociedade mundial de controle*. En É. ALLIEZ (Org.), *Gilles Deleuze: uma vida filosófica*. São Paulo: Ed, 34.
 KAFKA, F. (2012), *Obras completas*. Barcelona: Debolsillo.
 MARTÍNEZ, M. A. (2016), *Gilles Deleuze i Félix Guattari: per una política menor*. València: Universitat de València.
 NADAUD, S. (2017), *Fragmento(s) Subjetivo(s)*. Buenos Aires: Cactus.